

nime; mas Jesus no ha abierto sus lábios ni se ha quejado. Desatado de la columna, ha caido en la balsa de su propia sangre; se ve sin alientos, y aún no está saciada la crueldad de los sayones; á los azotes suceden las espinas; las sienes de Jesus son taladradas con ferocidad; la sangre corre gota á gota por su hermosa cabellera, por su frente majestuosa, por sus amables ojos y por sus mejillas. ¡Oh mártires de Jesus! Vuestros potros y caballetes, vuestras ruedas de puñales y púas de acero, vuestros azotes y plomadas, ya no serán difíciles de sufrir, pues Jesus los ha consagrado con su sangre, con su paciencia y mansedumbre.

Mas ¿qué tumulto oigo yo en Jerusalem? ¿Qué vértigo se ha apoderado de sus habitantes? El templo, cuyas bóvedas resonaban con los cánticos de los levitas, se encuentra desierto; las casas se ven sin moradores; el pueblo todo se encuentra en las calles y plazas pidiendo venganza; el sacerdote ha abandonado el incensario y empuña la espada; las madres tienen en los brazos á sus hijos. ¿Qué enemigo asedia los muros de Sion? ¿A dónde va este pueblo? ¿Qué le sucede? ¡Ay! Sus gritos son contra Jesus; sus espadas son para custodiarlo; las madres llevan á sus hijos para que se alegren en la ejecucion de aquel hombre; todo el tumulto consiste en que Jesus va marchando con la Cruz acuestas hácia el Calvario. ¡Desgraciada Jerusalem! Un dia ha de venir sobre tí en que se dirá que son felices las estériles, porque las madres, acosadas por el hambre, han de devorar á sus hijos; un dia de juicio ha de demoler tu templo, tu altar y tus querubines; un dia ha de envolver entre ruinas espantosas al sacerdote y al Santuario, porque en este dia en que Dios juzga al demonio y al pecado, tú has pedido que caiga sobre tu cabeza la sangre del Justo. Mas no nos detengamos en esta ciudad deicida: sigamos los pasos de Jesus; subamos al Calvario; aquí es el último ataque del

demonio contra Dios; aquí ha de acabar de desahogarse, asestando mayores tiros y aumentando sus fuegos.

Despues de haber sido Jesus arrastrado por las calles; despues de haber caido tres veces, llega al Monte Santo, donde ha de plantar su sagrado lábaro. ¡Oh qué horror! Desposeidos sus enemigos de toda humanidad, le hacen beber hiel amarguísima, para que ni por dentro ni por fuera hubiese parte sana y sin tormento en el pacientísimo Jesus. Extendida la Cruz en el suelo, despojado Jesus por la última vez de sus vestiduras, sus manos y piés son horadados con ferocidad y enclavados al madero; al poco, con picas y lanzas, con escalas y maromas, es elevada la víctima, y fijada la Cruz en la cima del Calvario, queda el ilustre reo suspendido entre los cielos y la tierra. ¡Ah! Entramos ahora en un océano insondable, amados míos; os suplico me perdoneis si me extiendo demasiado.

Cuanto ha pasado á Jesus en la Pasion, es contrario á las leyes: Pilatos, el magistrado romano, es el primero que infringe los Estatutos y sanciones de aquel pueblo. Mandaba la ley que todo reo condenado al último suplicio fuese azotado despues de pronunciada la sentencia; pero Jesus es despedazado por los sayones ántes que el presidente haya subido al tribunal; mandaba la ley que los azotes se diesen con varas, pero Jesus es azotado con gruesos cables y con duras cadenas; mandaba la ley que ántes de ejecutarse la crucifixion se diese al reo un vino fuerte y suavísimo, para que, embriagado con su fuerza, no padeciese dolores tan crueles; pero á Jesus no se le propinó sino mirra amarguísima. ¡Cruelles judíos! «Simulábais compasion y humanidad, y dábais á Jesus un condimento inhumano!» (San Cirill. Al., lib. XII, p. capítulo xxxv). ¿Cómo se halla esta víctima en la Cruz? ¡Ah! Sus manos y piés son cuatro fuentes que brotan la sangre á raudales; su cuerpo se halla sin movimiento, por-

que ha sido extendido con ferocidad, y sus músculos y tendones casi están rompiéndose por la tirantez que la crueldad del verdugo les ha dado; su cabeza, taladrada con espantosas púas, ni puede alzarse ni reclinarse sin sentir dolores agudísimos. ¡Ay! ¡Yo os veo consternados, cristianos compasivos! ¡Yo veo vuestras mejillas surcadas por las lágrimas cuando contemplais á vuestro amable Jesus tan afeado y desfigurado, su cara toda cubierta de esputos de sangre y de polvo, herida y entumecida con las grandes contusiones que ha recibido; su cuello agarrotado, su pecho y espaldas en carne viva! Pero ¡qué horror! Jesus padece otro tormento mayor en la Cruz: los judíos han sido hácia Él más crueles que lo fueran las voraces llamas de Babilonia (Dan.), en que fueron arrojados los tres mancebos; allí estas criaturas destructoras respetaron la honestidad de los tres justos, dice el Crisóstomo (Crisost.: *De negat. Petri*, 1, 6); pudieran haberse pulverizado sus vestidos para que el milagro fuera más patente, y no sucedió así, para que estuviese encubierto lo que la naturaleza y el pudor manda cubrir. Apenas Jesus ha sido crucificado, sus hermosos ojos quedan semimuertos, sus mejillas hundidas, sus labios lívidos, su boca abierta, su lengua de color de sangre, sus cabellos y barba cuajados con la sangre, su vientre sumergido, su cuerpo todo pálido y lánguido por la efusion de su sangre; pero hay otro tormento para Jesus, tormento cruel, tormento horrendo, en cuya comparacion los demás no aparecen; Jesus está desnudo.

«Sí; este tormento fué el mayor, dice San Jerónimo; como que era el último que el demonio inventara contra Jesus.» (Hieronim., *in hunc loc.*) Ved lo que pasa alrededor de la Cruz. Pontífices, fariseos, escribas, soldados, nobleza y pueblo, todos gritan y vociferan, todos braman y rugen como robustos toros, como leones hambrientos: es el concilio judaico que condenara á Jesus. No le bas-

tan los azotes, las espinas y los clavos; es preciso que examinen de cerca la víctima, que inspeccionen su cuerpo, que le insulten y ultrajen porque está desnudo; esto hacen aquellos hombres; ¿y qué hace Jesus? ¡Oh amados míos! Detengámonos y contemplemos: el castísimo Jesus padece las afrentas de la desnudez; para satisfacer á su Padre por las desnudeces escandalosas que vemos por esas calles, y aún en nuestros templos, padecía Jesus por nuestras obscenidades; padecía por esa llaga de todos los siglos que ha ocasionado tantos desastres al mundo; padecía para curar esa enfermedad de la lujuria, que ha debilitado á los jóvenes y degradado á los ancianos, y envilecido al bello sexo del siglo de la razon; por esto está Jesus desnudo y afrentado: ha padecido en su cuerpo, ha padecido en su alma, ha padecido tormentos, ha padecido ignominias, y, por fin, ha padecido hasta que, faltándole los alientos, ha entregado su espíritu; ha padecido sin abrir su boca, sin servirse de su divinidad para hacer prodigios; pero al ser elevado en la Cruz, al aparecer desnudo, su Padre ha salido por su honra: el tormento era el más espantoso, y no quiso Dios sufrirlo en cierto modo, porque el sol se retiró para no favorecer á la impía curiosidad; densas tinieblas cubren la tierra, para que el bárbaro judío no pueda ver al Dios paciente, desnudo, con tanta afrenta.

Murió Jesus. Concluyóse el combate de la gracia con el pecado, de Dios con el infierno. ¡Cuántos esfuerzos ha costado á Jesus el vencer al demonio! ¡Cuántos esfuerzos ha hecho el demonio para vencer á Jesus! Se cargó Jesus con todos los pecados, y se vió agobiado con su peso tremendo; sufrió ignominias y afrentas, falsos testimonios é irrisiones; pero venció. Se armó el demonio de todo su poder; afiló todos sus puñales; asestó contra el pecho de Jesus todos sus tiros; se atrevió á pelear mano á mano contra Dios, pero fué vencido; para ver la victoria de Jesus

y el vencimiento del demonio, preciso es que tomemos en nuestras manos la antorcha de la fé. El teatro de la Pasion se halla oscurecido, pues escondido el sol y avergonzado de haber derramado su luz, apenas se ven otras luces que los ténues y opacos destellos de las lúgubres estrellas; ha temblado la tierra, se han abierto los sepulcros, se han hundido las piedras, el mundo se halla convulso, como si estuviese espirando; pero no temamos: tema el juez inícuo que ha condenado á Jesus injustamente; teman los Pontífices que motivaron su ruina; tema el judío endurecido. En cuanto á nosotros, sigamos adelante; ya no hay figuras y tipos: el Santuario se abrió para que todos entremos en él y contemplemos la Majestad divina; ya no es sólo el sacerdote de Aaron quien penetra en su recinto, pues se ha rasgado de arriba abajo el velo que lo encubría.

¡Qué escena pasa en el Calvario cuando Jesus ha espirado! ¡Qué espectáculo tan horrendo se ve en el abismo! La sinagoga salta de placer; vuelven los enemigos de Jesus á sus hogares, congratulándose de la muerte del que reprendía sus crímenes. ¡Ah! No tiene tanto placer la leona de la Numidia despues de haber devorado y esparcido los miembros del cazador que queria quitarla sus cachorros para domesticarlos; no pasa su lengua voraz sobre sus hijuelos; no da alaridos de alegría ni más expresivos ni más fieros que los que exhalaban los escribas y fariseos, dando á sus hijos el parabien de que les habian quitado á un enemigo; pero entre tanto, ¿qué sucede? Uno de los ladrones que estaban crucificados al lado de Jesus confiesa la inocencia y divinidad del Señor; el Centurion que estacionaba al lado del suplicio, viendo que Jesus murió con tanta constancia, exclama á voces que aquel hombre era Hijo de Dios: *Vere filius Dei erat iste!* Una gran parte del pueblo, horrorizado de tanto crimen, vuelve sobre sus pasos arrepentido é hiriendo sus

pechos; los discípulos, que habian huido, se reúnen, y dos de ellos piden el cuerpo difunto de Jesus, y lo entierran con más pompa y honor que los de los Monarcas; á la vez entran por la senda de la reconciliacion y del Evangelio el paganismo y el judaismo; á la vez confiesan la divinidad de Jesus el Buen Ladrón, el soldado romano y el noble judío. ¡Cuánto prodigio! ¡Cuántas victorias! Al mismo tiempo el alma de Jesus baja á las concavidades del mundo, y consuela á los prisioneros que lo esperaban hacía cuatro mil años; al mismo tiempo, fulminando miles de rayos, precipita con su fuerza divina al orgulloso Lucifer y lo destierra á los horrendos subterráneos del infierno. ¡Ah! Yo oigo las voces de desesperacion del príncipe de las tinieblas: «Nos hemos engañado, grita; nos hemos engañado; hemos sido derrotados y encadenados; nada hicimos en el paraíso, nada hemos hecho en el Calvario; se han abierto hoy las puertas del cielo, se han llenado hoy nuestros asientos de nuestra antigua gloria; nos opusimos á Dios, y Dios nos ha vencido; y ¡ojalá nos hubiera aniquilado para no sobrevivir á tanta ruina!»

Dios alcanzó victoria, pero victoria completa y universal, amados míos; vencido está el infierno, vencido está el pecado, vencido está el demonio; resuenen, pues, los ecos del clarín sobre las alturas de Sion y anuncien al mundo la grandeza de este día del Señor: *Cantate tuba in Sion.* ¡Oh, hombres! Para vosotros es el fruto de esta victoria; vuestro Rey ha plantado el estandarte de su milicia en la cima del Calvario; aquí teneis esta sagrada bandera. ¿Estais alistados en ella, ó no lo estais? Si no lo estais, ¡desgraciados! un día sereis compañeros del vencido Lucifer; y si lo estais, venid á llorar la muerte de nuestro adorable Redentor; derramad lágrimas de dolor sobre el cadáver de vuestro General, que por llenaros de triunfos y laureles ha espirado en la pelea.

¡Oh amantísimo Jesus! ¡Padre tierno, amable herma-

no nuestro! ¿Quién ha puesto sus manos sacrílegas en tu sagrado cuerpo? ¿Quién lo ha mutilado con tanta crueldad? ¡Ah! ¡Tú no eres aquel jóven hermoso, cuyas miradas hendian los corazones; tus ojos se hallan eclipsados con las sombras de la muerte; tu frente, más serena que el cielo estrellado, está toda taladrada; tus cabellos de oro no son sino grupos de sangre cuajada; desaparecieron tus mejillas, y tus lábios, que destilaban miel y suavidad, ya no son sino sanguíneos y lívidos! ¡Oh pecho y espaldas, santuario de la Divinidad! ¿Quién os ha desgarrado? ¡Oh manos que fabricásteis los cielos! ¿Quién os ha horadado? ¡Oh piés que tanto os fatigásteis en buscar al pecador! ¿Quién os ha sujetado á este patíbulo? ¿Quién os ha rasgado? ¡Oh clavos, oh espinas, oh martillo, oh sayones crueles! ¡Qué! ¿No os amansaba la mansedumbre con que nuestro Jesus os recibia? ¡Qué! ¿No temblábais al clavar y martillar estas carnes inocentes? ¿Dónde has estado, amable Jesus? ¡Cuánta sangre os baña! ¡Cuántas heridas has recibido! Pisaste el lagar de la ira de Dios, y nadie te ayudó en tus trabajos y fatigas. ¿Cómo viviremos nosotros si Tú estás muerto? ¿Cómo nos instruiremos si Tú no hablas? ¡Ah, dulce Jesus! Esta Cruz es un patíbulo, pero nosotros lo adoramos; esta Cruz es cruz de ignominias y afrentas, pero nosotros la abrazamos; esta Cruz es nuestra divisa para resistir al enemigo y vencerlo; te juramos un amor eterno; te prometemos no desertar jamás de esta bandera; iremos siempre marcados con esta señal; defiéndenos, pues; conforta nuestra debilidad, anima nuestra pusilanimidad, sé nuestro amparo en la vida, y haz que en la muerte exhalemos nuestro espíritu entre los abrazos y ósculos de esta Cruz, para triunfar contigo en la gloria. Amen.

## SERMON.

DEL

### DESCENDIMIENTO Y SEPULTURA DE JESUCRISTO.

(PARA EL VIÉRNES SANTO.)

*Factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sion.*

Colocó su asiento en la paz, y su habitacion en Sion.

(PSALM. LXXV, VERS. 2.)

Gloriábase Jerusalem, como se glorían los vencedores cuando, concluida y ganada la batalla, se reparten los despojos; resonaban en su recinto las voces de alegría como si hubiesen aquel dia pulverizado algun ejército aguerrido que hubiera pretendido asaltar sus muros para despojarla de sus riquezas y oscurecer sus glorias. ¿Y por qué se gloria? Se gloria, porque ha muerto como un malvado el gran Profeta que por tres años la habia amaestrado con palabras de paz y de mansedumbre; se gloria, porque Jesus espiró en la Cruz, cubierto de todas las maldiciones que la ley fulmina contra los blasfemos; da voces de alegría y de parabien, porque ha desaparecido de un modo inesperado el que condenaba sus vicios y reprobaba sus crímenes, predicando la virtud con sus palabras y ejemplos. ¡Infeliz Jerusalem! Está como embriagada con el vino de su furor, y ni ella misma sabe cómo ha sucedido un cambio tan repentino en sus moradores; ella misma no puede comprender cómo Jesus, recibido cinco dias ántes entre aplausos y triunfos, aclamado por hijo de David y redentor de Israel, haya sido crucificado por